

que conseguirlo. Los indígenas acogieron cordialmente a Colon, y le ayudaron a construir una fortaleza a la cual denominó la Española, primer eslabón de aquella cadena que debía sujetar tan rudamente la América a la España.

Entre tanto uno de los barcos de la expedición se había averiado. Pinzon había desertado con el que le correspondía, y no se tenían noticias suyas: dejó, pues, Colon en la isla a algunos de los suyos seducidos por aquella dulce existencia y por aquellas bellezas tan accesibles, y se volvió a embarcar llevando consigo un pequeño número de naturales; pero habiendo encontrado poco después a la Pinta, se volvió al punto de donde había salido. El viento entonces sopló en dirección contraria y varia, y después una furiosa tempestad estuvo amenazando por espacio de quince días sumergir la tierra descubierta. ¡Figúrese el lector cuál sería en aquellos días la ansiedad de Colon, cuando habiendo realizado el deseo de toda su vida, después ya a traer a Europa un nuevo mundo, a sus émulos la más triunfante refutación, y a sus favorecedores la justificación del éxito, se veía próximo a sucumbir, sin dejar detrás de sí más que la fama de un temerario, que había perecido por querer realizar un sueño! Para que a lo menos quedase memoria de él, escribió algunas relaciones de su gran descubrimiento, las encerró en diferentes barriles, y las arrojó al mar, para que las llevase a alguna playa civilizada las olas que tan contrarias se le habían mostrado.

Arribó al fin a las Azores; pero recibió allí la más detestable acogida de los portugueses, que aprisionaron la mitad de la tripulación: el rey había mandado prender a Colon donde quiera que le encontrasen, como culpable de arrebatarle un descubrimiento que había rechazado, ó querer inquietarle en las posesiones que el papa le había concedido. Pero cuando llegó a Lisboa eclipsó con sus maravillas aquellas a que estaban acostumbrados hacia medio siglo: dejándose el rey vencer por la admiración, disimuló su despecho y lo recibió con grandes honores (22).

En fin, Colon entró en Palos, donde la población rompió en trasportes de alegría; las campanas se echaron a vuelo, las tiendas se cerraron y todos a porfía corrían apresuradamente a abrazar a aquellos compatriotas que creían perdidos, y venerar en aquel que acababa de descubrir un nuevo mundo, al hombre de quien se burlaban siete meses antes como de un visionario. El mismo día llegó Pinzon, que creyendo adelantarlo ó esperando que hubiera perecido, se daba por autor del descubri-

(22) Sin embargo, no desapareció la envidia de los portugueses, y el famoso historiador de las Indias orientales Juan de Barros, en 1552, no hablaba de Colon sino como de un *homen fallador é glorioso em mostrar suas habilidades, é mais fantastico é de imaginacoes, con sua ilha Cypango*. Da Asia. Dec. lib. III, c. 11.

miento. Pero engañado en su esperanza, el triunfo de Colon causó en él tal despecho, que murió pocos días después.

Colon fué admitido en Barcelona al honor de presentarse delante de los reyes, que le hicieron sentar en su presencia, como si hubiera sido, no un grande hombre, sino un grande de España. Quisieron oír de su boca los detalles de aquella maravillosa expedición, y pareció, dice Las Casas, que gozaban en aquel momento de las delicias del paraíso. En el escudo de Colon figuraron las armas reales con el mote

A Castilla y a Leon
Nuevo mundo dió Colon.

No menos piadoso en su prosperidad que lo que lo había sido en su humillación, Colon fué a cumplir los votos que había hecho, en los diferentes santuarios; é hizo otro nuevo prometiendo emplear las riquezas que adquiriera en siete años en equipar cuatro mil caballos y cinco mil infantes, y otros tantos en los años siguientes para la libertad del Santo Sepulcro. Por toda venganza contra los ingrédulos y sus contrarios, escribía: «Bendito sea Dios que da la victoria y el triunfo al que sigue sus caminos. Esto lo ha probado maravillosamente en mi favor. Yo emprendí un viaje contra el parecer de tantas personas respetables, y todos tachaban mi intento de quimérico. Confío en el Señor que el resultado dará gran honor a la cristiandad.»

Pero el papa Martín V había concedido al rey de Portugal todos los países que descubriera desde el cabo Bogador y desde el cabo Non hasta las Indias. La España usurpaba, apropiándose los descubrimientos de Colon, los derechos de posesión de Portugal; y el rey Juan mandó una escuadra a ocuparlos. Fernando se interpuso ofreciendo reparación. Al mismo tiempo recurrieron a Roma, de donde fueron las bulas de Alejandro VI que asignaban a la España las islas y tierra firme, tanto descubiertas como por descubrir, en el Océano occidental, así como sus predecesores habían hecho donativo a los portugueses de las de Africa y Etiopía. Después en otra bula, del 4 de mayo de 1493, el papa marcó una línea desde el polo Artico al Antártico, a cien leguas de las Azores y del cabo Verde, y asignó a la España los países situados allende de aquella línea (23).

(23) No era arbitraria esta línea; era la línea magnética, observada por Colon, que decía que al pasarla, como al pasar una colina, la aguja dirigida al Nordeste se inclinaba hacia el Noroeste. *Et uti tanti negotii provinciam apostolica gratia largitate donati, liberius et audacius assumatis* (la propagación y la exaltación de la fé entre los bárbaros), *motu proprio, non ad vestram vel alterius pro vobis super hoc nobis oblata petitiones instantiam, sed de nostra mera liberalitate et certa scientia, ac de apostolica potestatis plenitudine, omnes insulas et terras firmas, inventas et inveniendas, detectas et detegendas, versus occidentem et meridiem fabricando et construendo unam lineam a polo arctico, scilicet, septentrione, ad polum antarcticum,*

Era un espectáculo imponente el ver al papa en el momento en que la autoridad pontificia iba a desquiciarse, levantarse todavía con toda la grandeza de la Edad Media, para trazar con el dedo los confines de dos naciones poderosas, y decirles: *Llegareis hasta aquí*, como si fuese aun el tiempo en que los reyes le hacían árbitro de sus contiendas en vez de recurrir a las armas. Y sin embargo, ya había nacido Lutero.

Se pensaba no obstante llevar más adelante las comenzadas conquistas. Los tributos impuestos a los judíos y moros, y los arsenales tomados a los

scilicet meridiem, sive terra firma et insula inventa et inveniende sint versus Indiam aut versus aliam quamcumque partem, que linea distet a qualibet insularum que vulgariter nuncupantur de las Acores y Cabo Verde centum leucis versus occidentem et meridiem, per alium regem aut principem christianum non fuerint actualiter possessa usque ad diem Nativitatis Domini nostri Jesu Christi proxime preteritum, a quo incipit annus presens millesimus quadringentesimus nonagesimus tertius, quando fuerunt per nuncios et capitaneos vestros inventa aliqua predictarum insularum, auctoritate omnipotentis Dei nobis in beato Petro concessa, ac vicariatus Jesu Christi quo fungimur in terris, cum omnibus illarum dominiis, civitatibus, castris, locis et villis; iuribusque et jurisdictionibus et pertinentis universis vobis hereditibusque et successoribus vestris Castellae et Leonis regibus in perpetuum tenore presentium donamus, concedimus et assignamus, vosque et heredes ac successores, prestatas illarum dominus cum plena, libera et omnimoda potestate, auctoritate et jurisdictione facimus, constituimus et deputamus, decernentes nihilominus per hujusmodi donationem et assignationem nostram nullo christiano principi qui actualiter prestatas insulas aut terras firmas possiderit usque ad predictum diem Nativitatis Domini Jesu Christi quasitum sublatum intelligi posse aut auferri debere. Et insuper mandamus vobis, in virtute sanctae obedientiae, ut (sicut pollicemini et non dubitamus pro vestra maxima devotione et regia magnanimitate vos esse facturos) ad terras firmas et insulas predictas viros probos et Deum timentes, doctos, peritos et expertos ad instruendum incolas et habitatores prestatas in fide catholica, et in bonis moribus imbuendos, destinare debeatis, omnem debitam diligentiam adhibentes. Ac quibuscumque personis, cujuscumque dignitatis, etsi imperialis et regalis, status, gradus, ordinis vel conditionis sub excommunicationis lata sententia pena, quam eo ipso si contrafecerint incurrunr, districtus inhibemus ne ad insulas et terras firmas inventas et inveniendas, detectas et detegendas versus occidentem et meridiem fabricando et construendo lineam a polo arctico ad polum antarcticum, sive terra firma et insula inventa et inveniende, sint versus Indiam aut versus aliam quamcumque partem, que linea distet a qualibet insularum que vulgariter nuncupantur de los Acores y Cabo Verde centum leucis versus occidentem et meridiem, ut praefertur, pro mercibus habendis vel quavis alia de causa accedere presument absque heredum et successorum vestrorum predictorum licentia speciali: non obstantibus constitutionibus ac ordinationibus apostolicis ceterisque contrariis, quibuscumque: in illo a quo imperia et dominationes, ac bona cuncta procedunt confidentes, quod, dirigente Domino actus vestros, si hujusmodi sanctum ac laudabile propositum prosequamini, brevi tempore cum felicitate et gloria totius populi christiani vestri labores et conatus exitum felicissimum consequentur.

últimos, proveían a los gastos de la nueva expedición. Colon se hizo a la vela lleno de gloria y de confianza, llevando abundantes víveres é instrumentos de artes y oficios, semillas, plantas, caballos y otros animales domésticos. Una multitud inmensa solicitó formar parte de esta nueva cruzada, cuya tierra prometida era la India: por ambición unos, por su afición a las novedades y la gloria otros, y algunos para desplegar en aquellas regiones una actividad que no encontraba ya pábulo en su patria después de la toma de Granada. Se escogieron sólo mil; pero marcharon muchos voluntarios a sus expensas, lo cual hizo ascender el número total a mil y quinientos. Pusiéronse en marcha con gran pompa, envidiados y llenos de alegría y de esperanza. En Canarias se tomaron semillas de naranjos, limoneros, bergamota y otros árboles frutales, becerros, vacas, carneros y puercos, animales que después se propagaron asombrosamente en aquellas nuevas regiones. ¡Felices la Europa y la América si no hubiesen hecho entre sí más que esta especie de cambios, y si las absurdas ideas de la ciencia económica en aquella época, ó más bien la insensata codicia de los soberanos, no hubiera considerado el oro como la única riqueza!

La escuadra española llegó a la Guadalupe en medio del archipiélago de las Antillas. La colonia que había quedado en la Española para recoger noticias y un barril de oro destinado a librar la Tierra Santa, había exasperado a los naturales por su brutal insolencia y su lascivia, en tales términos, que los caribes la acometieron y exterminaron. Aquellos pueblos, cuya ferocidad probablemente exageraban los americanos, diciendo que eran antropófagos, que combatían tanto hombres como mujeres, que recorrían el mar, y que desde su infancia estaban habituados a navegar y manejar las armas, salieron sin duda de los valles de los Apalaches, penetrando a viva fuerza hasta la Florida: arrojándose después sobre las Lucayas, y pasando de una a otra, habían hecho de la Guadalupe su plaza de armas. Algunos desembarcaron también en el continente meridional, y se encontraron sus huellas hasta en el Orinoco y el Brasil.

Colon continuó tratando a los habitantes con la dulzura y consideración que su carácter y política le sugerían. Siguiendo las indicaciones de los salvajes, hizo vela hacia el Sur y abordó a la Jamaica. Su sorprendente fertilidad prometía un excelente establecimiento; y en efecto, todos los frutos de Europa prosperaron admirablemente en la colonia que se formó en derredor del fuerte de Isabel. El grano que se sembraba en el mes de Enero se recogía ya maduro en el de Marzo; las legumbres en quince días, y en un mes las sandías y melones.

Entonces pudo conocerse mejor a aquellos pueblos, observados primero bajo la influencia del entusiasmo. Enseñaban en Haití, que creían la más antigua de las islas, la caverna de donde habían salido el sol y la luna, y en que los hombres ha-

bían salido de una de sus hendiduras. Reconocían la existencia de un Dios; pero no dirigían sus ruegos más que á los *zemi*, divinidades inferiores y medianeras. Cada cacique (éste era el nombre que daban á sus jefes de tribu) tenía uno de forma monstruosa, que consultaba en todas sus empresas: cada familia tenía también el suyo, y le creían muy superior á las vicisitudes humanas. Los *butios*, que eran sus sacerdotes, practicaban abluciones, ayunos rigurosos, y tomaba un brevaie en que ponían en infusión unos polvos que los producían un delirio, durante el cual suponían tener sus visiones. Enseñaban el uso de las plantas, curaban las enfermedades haciendo muchas ceremonias, y se picaban todo el cuerpo formando figuras de *zemi*. Todos los súbditos del cacique celebraban en honor de su *zemi* una fiesta, en la que les precedía tocando un tambor, y llevando por ofrendas tortas, que los *butios* distribuían en pedazos á cada jefe de familia, quienes los conservaban como una reliquia. Cuando atacaba al cacique alguna enfermedad grave, le destrozaban para que no muriese como el vulgo; honor que se concedía también á algunos otros. Temían las apariciones de los muertos y creían que aguardaba á los buenos en la otra vida una mansion deliciosa. Sus danzas consistían en movimientos arreglados que espresaban hechos y combates; conservaban en sus canciones el recuerdo de los antiguos héroes y de los acontecimientos notables. Repugnábales la fatiga, y no trabajaban más que lo que les era necesario para alimentarse, y no pensaban más que en gozar de los dones que la naturaleza les ofrecía con abundancia: la ociosidad, los festines, la alegría y la hospitalidad formaban su vida; y sin embargo aquellas poblaciones tan dichosas, iban á desaparecer bien pronto de la superficie de la tierra en medio de los más crueles padecimientos.

Un cacique se presentó á Colon y le dijo: *No sabemos si sois hombres ó dioses, pero dáis muestras de tal poder que sería locura resistir, aun cuando lo quisiéramos. Hénos, pues, aquí, á vuestra merced; pero si sois dioses aceptad los dones y sednos propicios: si sois hombres sujetos como nosotros á la muerte, deis saber que después de esta vida hay otra, muy diferente para los buenos y los malos. Si esperais morir algun dia, y creéis en la vida venidera, en que cada uno será tratado segun su conducta en la vida actual, no hareis mal á quien no os le hace* (24).

Mas no bastaba la dulzura de los habitantes y del clima, era necesario oro. Se sabía que rebosaba en el palacio del Catay: era necesario para subvenir á los gastos de los reyes y satisfacer su codicia, y ni se encontraba allí ni en las islas circun-

(24) HERRERA, *Dec.* I, lib. II, cap. XIV. Dicen algunos que estas palabras fueron esplicadas á Colon por el intérprete Diego; pero si no son ciertas, no podemos menos de alabar al que las haya inventado.

vecinas, y sin embargo se persistía en la creencia de que eran las que había descrito Marco Polo.

Después de costear largo tiempo á Cuba, Colon quedó persuadido de que era la tierra firme, é hizo extender una acta, amenazando con castigar á cualquiera que dijese lo contrario (25). Si hubiese proseguido su camino dos dias más, se hubiera desengañado, y cambiando la direccion dada hasta entonces á sus descubrimientos, hubiera vuelto su pensamiento hácia otra parte. Su hermano Bartolomé, navegante intrépido que había hecho el viaje de Africa con Bartolomé Diaz, llevó socorros á la colonia; pero los recién llegados, sedientos de oro y de placeres, se hicieron odiosos á los naturales, y acusaron al almirante de los males que experimentaban y de los que ellos hacían. Tenían por instigador al padre Boile, primer misionero, hombre turbulento, que volvió á España con los descontentos y comenzó á calumniar á Colon.

Juan Rodrigo de Fonseca, arcediano de Sevilla y después patriarca de las Indias, fué el encargado por la metrópoli de la direccion de los descubrimientos. Era un hombre duro y vengativo que entorpeció los negocios, y colmó de amargura á los que daban á España nuevos reinos. Era necesario dar cuenta de las operaciones al Consejo Real de Indias que representaba, y no podía darse un paso sin su permiso. Isabel tomaba parte en la suerte de los indios, en cuyo favor Colon la había interesado vivamente, y esperaba convertirlos á la fe con el buen tratamiento que el almirante había empleado en su primer viaje: pero providencias tiránicas é inesperadas, dictadas por el Consejo, hicieron de aquel grande descubrimiento un azote de la humanidad.

Fonseca tomó pretexto de las narraciones del padre Boile, para trastornar las expediciones de Colon, tanto más cuanto que los primeros frutos del descubrimiento estaban muy lejos de realizar las exageradas esperanzas que se habían concebido. Las enfermedades producidas por el clima

(25) Fernando Perez de Lima, escribano público de Haití, recibió órden del almirante el 12 de junio de 1494, de trasladarse á las tres carabelas del segundo viaje, para preguntar á cada hombre de la tripulacion en presencia de testigos, si le quedaba alguna duda de que aquella tierra (Cuba) fuese la tierra firme ó el principio de la India, y que desde allí pudiera irse á España por tierra. El escribano declaró además, que si quedaba alguna duda á la tripulacion, la invitaba á que la desechase, y creyese verdaderamente que era la tierra firme. NAVARRETE, Documento núm. 76. A esta acta se añadieron las disposiciones conminatorias.—Colon escribía en su carta del mes de julio de 1504, es decir, al fin de su último viaje: *Llegué el 13 de mayo á la provincia de Mungo, limítrofe á la del Catay. Desde Sigaro en la tierra de Veragua, no hay más que diez jornadas para llegar al Ganges.* No conoció, pues, la importancia de su descubrimiento, y no pudo adivinar más que una pequeña parte de la gloria inmortal que le reservaba la posteridad. A este error se debe el nombre de Indias occidentales, que se ha dado á América.

hacían sucumbir muchos europeos: otros sentían verse obligados á trabajar en donde no creían tener que hacer mas que amontonar oro, y se quejaban del rigor con que Colon se veía en la necesidad de mantener la subordinacion. Algunos nobles que por capricho caballeresco habían ido en la expedicion, conceptuaban poco decoroso obedecer á un advenedizo.

Entretanto crecía la irritacion de los indígenas, contra los que habían recibido y venerado en un principio como los enviados del cielo. El caribe Caonabo, que se había hecho poderoso entre los caciques de la isla, parece que preveía los males que resultarían de la ocupacion. Se opuso, pues, á ella con todas sus fuerzas, y formó una liga de todos los jefes. Entonces fué ya preciso entrar en una lucha abierta, en la cual los españoles se hicieron terribles auxiliares de los perros adiestrados ya en esta especie de caza en las guerras contra los moros de España, y mucho más temibles contra hombres desnudos, que no habiendo visto jamás animales grandes (26), esperaban también ver lanzarse sobre ellos los caballos para devorarlos. Los españoles, superiores por su disciplina, habituados en sus montañas á la guerra de partidas, y provistos de armas de fuego, quedaban fácilmente vencedores, y aun hicieron prisionero á Caonabo, el terrible cacique, de la Casa de Oro, quien indomable aun en los hierros, murió antes de llegar á España. Muchos habitantes fueron enviados á Europa, y otros obligados á trabajar, sin esperanza de verse jamás libres de aquellos extranjeros, que habían trocado en desolacion su natural alegría.

Colon en su primer viaje manifestó sentimientos llenos de humanidad: quería que fuesen respetadas la propiedad y la libertad individual de los indios, y los que llevó á España, fueron conducidos otra vez á su país en cuanto recibieron el bautismo. Menos circunspecto fué en el segundo: amigo de la justicia y de la humanidad, creyó poder prescindir de ellas algunas veces, con respecto á los herejes y los idólatras. Impulsado por la intolerancia, escribió á los reyes, que no consintiesen que ningun extranjero fuese á establecerse en el país, á menos que fuese buen cristiano, puesto que había sido descubierto únicamente para gloria del cristianismo. Hizo prisioneros á muchos caribes, y aconsejó por la salvacion de sus almas, que se llevase un gran número de ellos á España, en donde podrían cambiarse por ganado y víveres, y aun él mismo envió quinientos para que fuesen vendidos en Sevilla.

Sacrificaba así á las ideas de su siglo, que creía que el judío, el moro y el hereje estaban fuera de la ley de la humanidad; y aun cuando no se hubiese establecido todavía nada con respecto á los indígenas de la América, se veía obligado á satis-

(26) No es cierto que no se conociesen perros en América, como se cree vulgarmente.

facer la codicia antes que la humanidad (27) para acallar las exigencias del tesoro, y obtener el permiso de continuar sus descubrimientos, mostrando por esperiencia cuáles eran sus resultados. Además, se halla en la naturaleza del hombre, el traspasar en el calor de los sucesos los límites que sabía distinguir perfectamente en un principio: Colon, encontrando en aquellos salvajes resistencia ó incapacidad para el trabajo, se persuadió de que eran de una raza inferior á la nuestra, ó quizá peor. La misma Isabel, tan benéfica para los indios, consintió luego en que se los obligase á trabajar y se los trasladase de un lugar á otro. Y esto se hacía proclamando siempre la libertad innegable de los indígenas; y aun se fueron permitiendo sucesivamente las barbaries de que fueron víctimas. La política lo aconsejaba así, decían, y sus exigencias justifican por lo comun todas las iniquidades.

Los lamentos de aquellos desgraciados, y los murmullos de los nuevos colonos llevados á España por gentes hostiles al almirante, disminuyeron su crédito; y aunque los reyes se inclinaban á guardarle consideraciones, y á pesar de que repetía que debía juzgársele, no como gobernador de un país organizado, sino como conquistador de una poblacion salvaje, se dirigieron contra él graves acusaciones. Se aprovechó aquella ocasion para disminuirle las amplias concesiones que se le habían prometido cuando su proyecto no parecía más que un sueño. Se autorizó á todo el que quiso ir á la Española para hacer descubrimientos: además fué enviado á aquellos países Juan de Aguado, para hacer una informacion de los abusos denunciados, el cual abusó de sus poderes para complacerse en atormentar á un grande hombre, y agravar los males de Colon, que enfermo, y abismado en una profunda melancolia, veía desvanecerse los dorados sueños de su primer viaje. Conoció, pues, la necesidad de presentarse en Europa; pero sin esperiencia de los vientos, y deseoso de explorar otros parajes, tuvo que hacer una travesía de ocho meses; llegó por fin al puerto (1496), y vestido de fraile, con la barba larga y la cabeza baja, pasó por medio del pueblo, cuyo favor siempre veleidoso había ya perdido. Hablaba bien todavía de aquella India, de aquel Ofir á que había llegado; pero se había deshecho el encanto, aunque hacía por reanimarle, mostrando los objetos raros que había traído, y que

(27) El combate entre el carácter benévolo de Colon y las exigencias de los monarcas, aparece de un modo muy notable, en su carta á la reina Isabel. Hablando de la tierra de Veragua, que creía el Quersoneso de Oro de donde Salomon sacaba sus tesoros, después de describir su inmensa riqueza, añade: «sin embargo no me parece conveniente quitársela al jefe de este país por *vía de robo*; pero yo arreglaría la cosa de modo, que evitando el escándalo y mala fama, todo aquel oro vaya á las arcas de vuestras altezas, aunque no quedase un grano al príncipe de Veragua.

siempre parecían inferiores á las esperanzas que se habían concebido. Los reyes entre tanto se hallaban ocupados en las intrigas de Europa, y para disputar un rincón de la Francia ó la Italia, prodigaban los tesoros y navios, de que tan avaros se mostraban cuando tenían un mundo entero que adquirir. Fernando pedía oro, lo necesitaba para su política bastarda, y como no se le daba bastante, era preciso proporcionárselo, vendiendo los naturales como esclavos.

Por último, se decidió una tercera expedición, y se preparó con el apoyo de Isabel, que conservaba siempre gran interés y respeto hacia aquel Colon, para con quien Fernando manifestaba tanta indiferencia. Sin embargo, el entusiasmo público se había apagado; prestábase oídos á la maledicencia, y en vez de ver correr apresuradamente á la multitud, fué preciso autorizar á los oficiales de la corona para que tomasen los buques mercantes que fuesen á propósito para el viaje. El mismo Colon propuso que se embarcara á los criminales, que en vez de caminar al patíbulo, fueron á poblar aquellas tierras afortunadas: á tan estremadas medidas obligaba á recurrir la necesidad de obtener recursos y de luchar contra una malignidad activa é infatigable.

Colon levantó el áncora para su tercer viaje con seis buques y se dirigió hacia la línea, persuadido como sus contemporáneos (30 de mayo de 1498) de que las tierras más cálidas encerraban mayores riquezas minerales. Sobrevinieron en el camino las espantosas calmas del Ecuador, y llegó por fin á una nueva isla, la de la Trinidad: después avanzó hasta la embocadura del Orinoco, en donde la multitud de perlas y la inmensa fertilidad del terreno, le hicieron creer que había llegado al paraíso terrenal.

La colonia de la Española debió, por el contrario, parecerle un infierno, á pesar de cuanto pudiera haber hecho la sabiduría de su hermano Bartolomé. La había invadido una turba de nobles «de los que el más instruido no sabía el *Credo* ni los *Diez Mandamientos*» (LAS CASAS). Por manera que todo era allí confusión y discordia intestina, que en las adversidades suele ser el colmo de todos los males. Durante aquel tiempo llegaban continuamente quejas á España, y la reina Isabel se conmovía extraordinariamente al escuchar los padecimientos de los naturales reducidos por Colon á la esclavitud cuando eran cogidos en la guerra, y á la vista de las mujeres y niños enviados á España, en tanto que Colon reclamaba continuasen todavía por algún tiempo aquellas medidas con respecto á los indios. En su consecuencia hizo partir á Francisco de Bobadilla con poderes ilimitados para informarse del verdadero estado de la colonia. Despótico y violento este comisario regio, escuchó las relaciones sugeridas por el odio á intrigantes y ambiciosos, y aun la gritería de una raza turbulenta, é hizo prender brutalmente á Colon, que se vió reducido á atravesar encadenado

aquel mar Atlántico que había abierto el primero á la ingrata Europa.

Al escribir estas palabras, me acuerdo de las suaves lágrimas, que en la edad de las ilusiones derramé yo al leer este pasaje en Robertson. Desde entonces conocí que la historia ofrece mas motivos de tristeza que de consuelo, y que el hombre no es grande sino á costa de la felicidad.

Colon conservó aquellas cadenas como monumento de la ingratitud de los hombres: *Y yo* (dice su hijo), *las vi siempre colgadas en su gabinete, y quiso que fuesen con él sepultadas*. Tales iniquidades devolvieron á Colon el favor del pueblo, á quien pareció demostrada la injusticia de sus enemigos.

Los reyes le mandaron inmediatamente poner en libertad, le tomaron bajo su protección y llamaron á Bobadilla; mas no por eso reintegraron á Colon en sus honores, y aun se hizo partir á Ovando en su lugar con una magnífica escuadra de treinta buques. Porque el carácter dominante de la política española era un esquisito cuidado en no dejar engrandecerse á nadie, interrumpir las empresas á medio hacer, quitar los medios de llevarlas á cabo, rehusar y restringir las concesiones y ocultar la gloria de otro con tan gran esmero como otras naciones hubieran puesto en proclamarla (28). Encontraremos de esto muchos ejemplos.

Para conocer íntimamente á Colon, es preciso estudiar en sus atarlas los repentinos movimientos de su alma apasionada é impresionable por la influencia de su genio, del infortunio y de la piedad. En sus viajes cada nueva isla le parecía más hermosa que las anteriores. Siente que las expresiones le faltan para describir el encanto y la variedad. ¿Se encuentra entregado á los negocios? no le distraen del estudio, y el cuidado de los intereses materiales no embota en él la admiración por la naturaleza. Si se encuentra perseguido, abandonado, se queja, pero sin bajeza y como un hombre que tiene la conciencia de sus derechos. ¡Qué profunda melancolía respira su Carta *rarísima*, gemido de un alma destrozada por una larga serie de iniquidades y pérdidas sus más ardientes esperanzas! (29) y no obstante, permaneció fiel á su soberano ingrato, cuando hubiera podido prestar á otros sus preciosos servicios. La fe, ó si se quiere la imaginación le sostenía en los reveses; se figuraba enviado por el cielo, creía que sus visiones procedían de arriba. Tomaba con frecuencia el traje monástico, y todas las tardes hacia entonar en sus bajeles la *Salve Regina*. Su testamento contenía legados para fundar capillas y hacer decir misas. Conservando lejos de Génova el amor á la pa-

(28) Colon escribió al banco de San Jorge en Génova: *Los hechos de mi expedición, ya divulgados, os causarían más asombro si los conociésteis enteramente y si la circunspección de este gobierno no los hubiese hecho ocultar.*

(29) Véase la nota G al fin del Libro.

tria, dispuso, en favor del banco de San Jorge, de una renta que hubiera sido considerable si se hubiesen cumplido las promesas que se le habían hecho (30), y hasta en su lecho de muerte hizo en ventaja suya un codicilo militar (31).

Si el entusiasmo hacia que Colon fuese muy apto para los descubrimientos, no era lo mismo para la organización del país: precisado por otra parte á satisfacer pedidos incesantes de oro, no se pudo ocupar de las ventajas más reales que se podía esperar de las colonias. Este fué el error de todos sus contemporáneos, pero por lo demás todo lo exploraba, y pensaba fundar ciudades con una administración regular y en hacer florecer la agricultura.

«Somos bien ciertos (escribía al rey), como la obra lo muestra, que en esta tierra, así el trigo como el vino nacerá muy bien; pero háse de esperar el fruto, el cual si tal será como muestra la presteza del nacer del trigo, y de algunos poquitos de sarmientos que se pusieron, es cierto que no hará mengua el Andalucía ni Sicilia aquí, ni en las cañas de azúcar, segun unas poquitas que se pusieron han prendido: porque es cierto que la hermosura de la tierra de estas islas, así de montes é sierras y aguas, como de vegas donde hay rios cabdales, es tal la vista, que ninguna otra tierra que soles caliente puede ser mejor al parecer ni tan hermosa.» Y en la relación del tercer viaje: «y asimismo debe de ser dello de maíz, que es una simiente que hace una espiga como una mazorca de que llevé yo allá, y hay ya mucho en Castilla, y parece que aquel que lo tenía mejor lo traía por mayor excelencia, y lo daba en gran precio.»

Los que le motejan de avaricia por las minuciosidades domésticas á que desciende escribiendo á su hijo Diego, no recuerdan ni el estado precario á que le había reducido la vergonzosa ingratitud de la España, ni la recomendación que dirige á su hijo de emplear las riquezas esparcidas en el sostenimiento de cuatro profesores de teología, y

(30) Una décima parte de su sucesión, en disminución de la tasa sobre los viveres.

(31) En 1566, Felipe, rey de España, dió á la república de Génova un manuscrito en pergamino, de pequeño tamaño, puesto en cordoban con broches de plata y encerrado en un estuche de cordoban con cerradura de plata; este manuscrito era una colección hecha por el mismo Colon de sus títulos en aquel descubrimiento, y de los privilegios que le había valido. Mandó hacer dos copias que envió á Nicolás Oderigo, su amigo, para que las pusiese en sitio seguro. En los últimos acontecimientos de Génova estos documentos se dispersaron; un ejemplar que se llevó á Paris se recobró después de aquella época; el otro se encontró en la biblioteca del conde Miguel Angel Cambioso, y habiéndolo comprado el cuerpo de los decuriones, le hizo traducir por el padre Espotorno; después le imprimió con el título de *Códice diplomático Colombo Americano, ossia raccolta de documenti originali é inediti, spettantia, Cristoforo Colombo, alla scoperta e al governo dell' America.*

aun mayor número en Haití; construir allí un hospital y una iglesia en honor de la inmaculada Virgen con un monumento de mármol; en fin, depositar en el banco de San Jorge, en Génova, fondos destinados para la expedición de la Tierra Santa, si los reyes no se ocupaban de ella, ó socorrer al papa en el caso en que el cisma le amenazase con perder su clase y bienes. ¿Quién se reirá al ver que con el oro esparaba sacar muchas ánimas del purgatorio? ¿Quién se reirá del Creador de un nuevo mundo si, haciendo muestra de sus riquezas, esperaba animar á los españoles á continuar la conquista de los países que les había dado? Y proyecto era este tan generoso y desinteresado, que habiéndole los reyes ofrecido en Haití una posesión de veinte y tres leguas de anchura y cuarenta y seis de longitud con el título de marqués ó duque, no quiso aceptarla por temor de que el cuidado de esta hacienda le distrajesen de pensar en todas las Indias.

La ingratitud no le desanimó, y después de haber insistido en la cruzada, y recogido los pasajes de la Escritura que á ella se refieren, imploró el favor de hacer un nuevo viaje, para penetrar en los opulentos reinos descritos por Marco Polo. Se dedicaba con tanto más ardor á ello, cuanto que acababa de abordar Vasco de Gama por otro camino, y Cabral había descubierto el Brasil. No pudo obtener más que cuatro carabelas, de las cuales la mayor era de setenta toneladas, y á la edad de sesenta y seis años se preparó á dar vuelta al globo (mayo de 1502). No se le quiso siquiera recibir en la Española para reparar sus barcos averiados; ¿quién nasció, sin quitar á Job, que no muriera desesperado? ¿que por mi salvación y de mi hijo, hermano y amigos me fuese en tal tiempo defendida la tierra y los puertos que yo por la voluntad de Dios, gané á España sudando sangre? Después de haber escapado á un huracán que había previsto, y que sepultó los barcos cargados con las riquezas mal adquiridas que llevaban á España Bobadilla y Rolando (32), jefe de los rebeldes, arribó á Cuba. Habiéndose dedicado entonces en busca del Catay, se obstinó en creer que encontraría á lo largo del istmo de Darien, un estrecho que le llevaría á los mares orientales; lo cual le separó de Méjico, cuyo descubrimiento hubiera hecho brillar una nueva gloria en la pálida declinación de sus días.

Colon naufragó en las costas de Jamaica, y enfermo de espíritu y cuerpo, sitiado por los naturales al mismo tiempo que se amotinaban sus marineros,

(32) Colon había aconsejado al gobernador no dejar salir la flota. No se le escuchó, y todos los barcos perecieron, excepto uno pequeño que llevaba la plata de Colon. Los historiadores contemporáneos vieron en este acontecimiento una manifiesta intervención de la justicia divina. Colon fué acompañado en aquel viaje por su hijo Fernando.

languideció allí durante un año; después de haber pedido en vano socorros y pan á la Española. Entonces fué cuando se ganó el respeto de los naturales y obtuvo víveres prediciendo un eclipse. Pareció refugiarse desde este momento más en la fe, y encontrar en visiones del cielo el consuelo que le negaba el mundo. Cansado (escribe á los reyes), me dormí gemiendo: una voz muy piadosa oí diciendo:

«¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo El más por Moisés ó por David su siervo? Después naciste, siempre El tuvo de tí muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que El fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartistes adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves y fuiste obedecido en tantas tierras y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate á El, y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene El grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde, ¿quién te ha afligido tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta ni dice después de haber recibido el servicio que su intencion no era esta y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza: El va al píe de la letra: todo lo que El promete, cumple con aceresamiento: ¿esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros. Yo así amortecido ó todo: mas no tuve yo respuesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó El de hablar, quien quiera que fuese, diciendo: No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.»

En fin, Colon volvió á emprender el camino de España, y aquí acaban sus gloriosos trabajos (33). En su tercer viaje, habia tocado en el continente americano; en el cuarto arribó á los países más opulentos, pero sin saberlo. Su objeto de enseñar un paso para las Indias habia fallado, y aunque mostró en esta última tentativa más habilidad como

(33) «Partí en nombre de la Santísima Trinidad la noche de Pascua, con los navios podridos, abrumados, todos fechos agujeros, sin barcas, ni bastimentos por haber de pasar siete mil millas de mar y de agua ó morir en la via, con hijo y hermano y tanta gente. Respondan ahora los que suelen tachar y reprender diciendo allá de en salvo ¿porqué no hacíades esto allí? Los quisiera yo en esta jornada.»

marino que en las anteriores, desplegando la energía de un héroe, no obtuvo los aplausos populares; la ingratitud y la miseria, esta fué su recompensa. Frustrado en los derechos que le habian sido prometidos, después de haber adelantado dinero á los que le habian acompañado en su cuarto viaje; obligado á sostener honrosamente su clase de gran almirante y virey, se vió reducido á vivir de prestado. Y escribia al rey: «Yo vine á servir de veinte y ocho años á V. A., y ahora no tengo cabello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquellos, y me fué tomado y vendido, y á mis hermanos fasta el sayo, sin ser oido ni visto: no tengo solamente una blanca para el oferta; aislado en esta pena, enfermo aguardando cada día por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia.» Y á su hijo: «Poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer ó dormir no tengo, salvo el meson ó taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote.» Así es, que obligado á vivir con la más estricta economía, suministró á esos hombres generosos de que suele abundar el mundo, el pretexto de atribuirlo á la avaricia italiana.

Su protectora Isabel habia dejado de existir. Después de repetidas instancias, Fernando le permitió fuese á verle á caballo, pues le era imposible montar en una mula, y le recibió con frías protestas de estimacion y benevolencia. Es cierto que las primeras promesas de la corte de España, son un testimonio de que no se creía en sus descubrimientos, porque casi le concedian la soberanía: los cargos hereditarios son además demasiado absurdos, y especialmente los de aquella importancia. Pero en vez de reflexionar antes de empeñar su palabra, sólo después de haber visto la inmensidad de la conquista, fué cuando Fernando, ingrato para con quien ya no necesitaba, se desentendió de sus compromisos, y al cabo de mil dilaciones y entorpecimientos, concluyó por negarle el título de virey. Sin embargo, Colon yacia sumido en la mayor miseria, eclipsado por nuevos y más felices navegantes, como Vespucio, Cortés y Pizarro, que por medio de la explotación de las minas, hicieron triplicar repentinamente el valor del oro y de la plata, y alterar todos los valores nominales. A estos motivos de pesar reunia Colon, el de saber cuanto tenían que sufrir los indios de la Española, que debia mirar como á sus hijos. «Estos son ahora la verdadera riqueza de la isla; ellos cultivan la tierra y preparan el pan á los cristianos, trabajan en las minas de oro y sufren toda clase de fatigas, trabajando como hombres y como bestias de carga. Desde que he dejado la isla, sé que han muerto las cinco sextas partes de los naturales por bárbaros tratamientos ó por cruel inhumanidad, algunos bajo el hierro, otros á fuerza de golpes,

muchos de hambre, la mayor parte en los montes ó en las cavernas, á donde se habian retirado por no poder tolerar los trabajos que se les imponían.» En estos términos escribia al rey: y añadía, que con respecto á él, si habia enviado algunos indios á España para que fuesen vendidos, lo habia hecho siempre en la persuasion de que serian instruidos en la religion católica, en las artes y usos de Europa, y que entonces podrian volver á la isla, para ayudar á sacar á sus compatriotas de la estupidez é ignorancia.

A pesar de tantos desengaños, Colon continuó formando nuevos proyectos, aunque tenia la certidumbre de que no los podria realizar, miserable y atormentado de la gota, escribia todavia al rey, hablándole de los grandes servicios que se sentia capaz de prestarle: y en fin, llegó el momento en que los disgustos que habian ido minando su existencia cortasen el hilo de su vida. Murió en Valladolid el 12 de mayo de 1506, á la edad de sesenta y ocho años.

El amor habia dulcificado algun tanto sus padecimientos: tuvo de la portuguesa Felipa de Paelstrello, á don Diego, y de Beatriz Enriquez, un hijo natural, llamado don Fernando, que vivió en la corte de Carlos V, hasta 1539, y escribió la *Historia del almirante, su padre*. Don Diego hubiera debido suceder á su padre en sus derechos al vireinato de las Indias, y al diezmo de las rentas; pero la España, sintiendo su imprudente generosidad, le promovió con toda la sutileza de la ingratitud, un proceso en que se esforzó en acumular las más fútiles y vagas inculpaciones. Presentaronse veinte testigos para justificar que Colon habia tenido noticia del Nuevo Mundo por un libro que existía en la biblioteca de Inocencio VIII, y por un cántico de Salomon que indicaba el nuevo camino de las Indias; y aun se citaron entonces todas las autoridades de que hiciera mencion Colon para conseguir que se le creyese. Esto sirve únicamente para probar cuán malamente se le ha querido arrebatar después la gloria de unos descubrimientos, que ni aun los ardidés del fisco pudieron arrancarle (34). Y en efecto, las

(34) Entre los que pretenden haber sido los primeros descubridores de la América, figuran los dieppeses, famosos navegantes en el siglo XV, que se ha querido probar visitaron la América en 1488. No habla de ellos ningun escritor antiguo hasta Villani de Bellefont en 1488. Los documentos originales en que se ha apoyado esta asercion, si acaso han existido, debieron desaparecer en el incendio que devoró la casa consistorial de Dieppe en 1694. Se ha dicho, citando al efecto autores de crédito, que Cousin de Dieppe, dirigido por las conjeturas de su conciudadano Deschales ó Deschalliers, mirado como el padre de la ciencia hidrográfica, emprendió largas navegaciones, y en 1488 descubrió la embocadura del rio de las Amazonas, desde donde al año siguiente volvió á su patria, por las costas de Congo y de Angola. Uno de sus buques era mandado por un tal Pinzon, dieppés, que á su regreso fué procesado

conjeturas hechas en aquella época y después sobre el conocimiento de descubrimientos anteriores, se desvanecen bien pronto si se reflexiona en la incredulidad con que en un principio fueron escuchadas las promesas de Colon.

Aquel proceso produjo muchos disgustos á don Diego, aunque habia procurado proveerse de los medios necesarios en España para triunfar, casándose con una sobrina del duque de Alba. Las eventualidades tomaron peor aspecto, cuando á un rey que debia al menos apreciar la memoria de Colon, sucedió el impasible Carlos Quinto. Así pasó toda su vida, ocupado en defender la memoria de su padre y su propia reputacion. Después de él, su hijo Luis renunció sus pretensiones mediante una renta anual de mil doblones con los títulos de duque de Veraguá y marqués de la Jamaica (35).

Los reyes quitaron á Colon la dominacion de los países que le pertenecian, y los escritores le arrebataron la gloria de darles nombres. Sólo después de largo tiempo, se multiplicaron en los Estados Unidos, los que habia puesto á otras regiones. Por último, en el siglo pasado (1795) obligados los españoles á abandonar á los franceses la isla de Haití, en que habia sido sepultado Colon, trasladaron sus cenizas con las de don Diego y Bartolomé á la Habana, solemnidad afectuosa, en que no se mezclaron maldiciones como en las de otros héroes. Finalmente, Bolívar quiso adornar con el nombre de Colombia la república fundada por sus victorias.

[Justicia tardial... No le quedó á Colon más que la felicidad de haber llevado á cabo una grande obra: dicha que no comprenderán jamás las almas embotadas en una negligente ociosidad.

por insubordinacion, y despedido del servicio. Se ha querido tambien suponer que aquel marino, indignado de semejante tratamiento, marchó á España, y fué el mismo Pinzon, que después de haber acompañado á Colon, armó en 1499 cuatro buques á sus espensas, con los cuales se dirigió precisamente al rio de las Amazonas. Necesitamos todavia argumentos más decisivos.

Hace poco tiempo que el sabio Lelewel ha querido tambien designar al polaco Juan Szcolny como uno de los que arribaron á América antes que Cristóbal Colon. Segun él, aquel marino, que se encontraba al servicio del rey de Dinamarca, en 1476, abordó entonces á las orillas del Labrador, pasando antes por Noruega á la Groenlandia y la Frislandia de los Zenos. Humboldt opone algunas dudas á este hecho, y especialmente el silencio guardado por Gomara, que conoció aquel viaje del navegante polaco y que se esforzó cuanto pudo por minorar la gloria de Colon.

(35) Cuando en 1608 se estinguió la descendencia masculina de Cristóbal Colon, sus títulos y rentas pasaron á don Nuño Yelves de Portugal, descendiente de una hija de don Diego. En 1712 los duques de Veraguá fueron elevados al rango de grandes de España de primera clase. Pero las últimas revoluciones que quitaron á la España las Indias occidentales, redujeron á la miseria al duque de Veraguá. Pidió una indemnizacion al gobierno, y obtuvo una pension de más de veinte y cuatro mil duros sobre las rentas de Cuba y Puerto Rico.